



**¿QUÉ PASARÍA CON
MEDELLÍN Y EL VALLE
DE ABURRÁ SI NO
EXISTIERAN LOS
EMBALSES
DE RÍO GRANDE,
PIEDRAS BLANCAS Y
LA FE?**

¿Qué pasaría con Medellín y el Valle de Aburrá si no existieran los embalses de Río Grande, Piedras Blancas y La Fe?

Atravesamos una época climática desafiante. Con la llegada del Fenómeno de El Niño y los efectos cada vez más evidentes del cambio climático, las olas de calor intenso y la disminución de las lluvias se han instalado en nuestra cotidianidad. En las calles, en los campos y en las industrias de la región antioqueña, es natural que surjan temores sobre las consecuencias que esta sequía prolongada traerá para nuestra seguridad hídrica, energética y alimentaria.

Sin embargo, ante la incertidumbre, vale la pena mirar hacia atrás y recordar de dónde venimos. Hace apenas un siglo, en la década de 1920, Medellín era una ciudad en ebullición que rondaba los 100.000 habitantes, y el Valle de Aburrá tenía una dinámica muy distinta. En aquel entonces, el agua dictaba el ritmo íntimo y social de la vida. Las grandes casonas de arquitectura colonial y republicana en el centro de Medellín se abastecían mediante aljibes construidos en sus patios interiores, perforaciones que buscaban el agua subterránea o recolectaban pacientemente el agua de lluvia.

Para el resto de los ciudadanos, el punto de encuentro ineludible eran las emblemáticas pilas de agua para provisión pública. Estructuras como la antigua Pila de la Plaza Mayor, la de San Ignacio o El Chorro congregaban a los vecinos y a los tradicionales "aguateros", quienes hacían fila desde la madrugada para cargar el preciado líquido y distribuirlo por las calles empedradas.

Durante décadas, la ciudad dependió casi exclusivamente de las llamadas "aguas de ladera". Quebradas como la histórica Santa Elena —que alguna vez cruzó a cielo abierto el corazón del centro—, La Iguañá, La Picacha y La Hueso, eran las venas naturales que apagaban la sed de la población. Pero a medida que la industria textil florecía y los habitantes se multiplicaban, las laderas se quedaron cortas y comenzaron a sufrir el peso de la contaminación.

Fue entonces cuando la dirigencia antioqueña entendió que no se podía pensar en una metrópoli dependiendo de caudales intermitentes. Ya en 1918, el Concejo de Medellín había dado un paso visionario al ordenar la protección de los bosques de Piedras Blancas para asegurar las fuentes del incipiente acueducto. Pero el verdadero punto de quiebre ocurrió en el año 1955. Con un sentido ético y una visión regional sin precedentes, nació Empresas Públicas de Medellín (EPM). Este hito agrupó los servicios fragmentados y marcó el inicio de una era de planificación a gran escala, permitiendo la transición de las modestas quebradas a las megaobras de ingeniería: el Embalse La Fe en los años 70 y, décadas después, en 1993, el imponente Embalse Río Grande II.

Pero, **¿qué pasaría hoy con Medellín y el Valle de Aburrá de no existir los embalses de Río Grande II, La Fe y Piedras Blancas?**

Si esa inmensa red llegara a vaciarse, la ciudad revelaría su más profunda fragilidad, comprenderíamos de golpe que la metrópoli no está hecha de asfalto y concreto, sino de un andamiaje de venas líquidas e invisibles que sostienen la ilusión de la civilización. Sin ellas, el colapso sería absoluto.

¿Qué pasaría con Medellín y el Valle de Aburrá si no existieran los embalses de Río Grande, Piedras Blancas y La Fe?

En los hogares, la tragedia adoptaría el tono de una desolación entra por la puerta de la cocina. Los grifos despertarían con un estertor hueco, un carraspeo de metal y viento seco. En las barriadas de las laderas y en los zaguanes acomodados reinaría la misma zozobra igualadora: no habría agua para el tinto del alba. La higiene personal se convertiría en un recuerdo inalcanzable; el polvo de los días y el sudor se irían pegando a los cuerpos y a las baldosas, transformando las casas en hornos de encierro y pesadumbre.

El latido cívico se detendría por completo. En los hospitales, el olor a yodo sería reemplazado por la desesperanza; la falta de asepsia obligaría a cancelar cirugías y las salas de parto se llenarían de una angustia sorda, porque sin agua, toda medicina es impotente. Las escuelas, colegios y universidades se verían forzadas a cerrar sus puertas, dejando aulas vacías y patios sumidos en un silencio sepulcral. El empuje industrial, orgullo de la región sería insostenible, paralizando la economía y secando las plazas de mercado.

Esta vulnerabilidad no se detiene en la sed de los cuerpos y el silencio de las fábricas; se extiende a la luz y al movimiento, revelando ese cordón umbilical indisoluble que es la relación agua-energía. Si en este preciso instante de sequía extremas careciéramos del sistema de embalses que tiene el departamento, Antioquia y Colombia entera se apagarían. Represas majestuosas como El Peñol-Guatapé, Hidroituango, junto a Playas, Jaguas, la cadena de Porce (II, III y el proyectado IV), Punchiná, San Lorenzo y Guadalupe, no son simples espejos de agua; son las inmensas baterías que iluminan el país. Detrás del simple acto de encender un interruptor o abrir una llave, late un conjunto titánico y complejo: un laberinto de redes de interconexión eléctrica, centrales de generación rugientes, plantas de potabilización y depuración de aguas residuales, miles de kilómetros de redes de acueducto y alcantarillado, inmensos colectores, túneles de conducción que cruzan montañas, cientos de tanques de almacenamiento coronando las laderas, y un ejército invisible de sistemas de bombeo y reguladores de presión. Sin este colosal engranaje y las personas que lo diseñan y los mueven, el pulso moderno de nuestra civilización colapsaría en las sombras.

La ciudad misma, incapaz de lavar sus calles, acumularía sus propios desechos. Bajo el sol inclemente de esta época, nuestro Río Medellín perdería por completo su caudal base y su capacidad de dilución natural. Sin la regulación de los embalses y sin nuestro sistema de saneamiento, los vertimientos crudos actuarían como un acelerador químico. La evaporación exacerbaría la liberación de gases tóxicos y el río se convertiría en una alcantarilla a cielo abierto, desatando una emergencia sanitaria insoportable.

Afortunadamente, hoy el tratamiento avanzado de nuestras aguas actúa como un amortiguador hidroclimático que impide esta distopía. Garantiza que, incluso en los picos más severos de calor y sequía, el caudal devuelto al río mantenga una calidad estable y prevenga el colapso sanitario de la región.

¿Qué pasaría con Medellín y el Valle de Aburrá si no existieran los embalses de Río Grande, Piedras Blancas y La Fe?

Este largo camino de forja, preparación y progreso, nace de la tenacidad de las gentes y de la inmensa riqueza natural de estas tierras, de sus lluvias y la asombrosa variedad de sus ecosistemas. La seguridad hídrica se ha construido gracias a la confluencia de conocimiento, infraestructuras, tecnología, instituciones sólidas y una geografía privilegiada.

Sin embargo, esta colosal infraestructura gris sería inútil sin el respaldo vital de nuestra infraestructura verde. En las cuencas abastecedoras de los embalses Riogrande II en el norte de Antioquia y La Fe en el oriente, (que abarca los sistemas Espíritu Santo, Pantanillo, Buey y Piedras), se ha tejido una inmensa red de conservación territorial mediante Acuerdos Voluntarios de Intervención con las familias que habitan la zona. La gestión ha logrado proteger y conservar cientos de hectáreas de bosque y de nacimientos de agua tanto en la Región Norte como en el Oriente antioqueño, impulsando acciones de restauración ecológica activa y pasiva. A través de esquemas de Incentivos económicos, se recompensa el cuidado del territorio, beneficiando directamente a cientos de familias rurales.

Estas inversiones trascienden la protección estricta para integrar armónicamente Soluciones basadas en la Naturaleza mediante una profunda reconversión productiva. En las zonas intervenidas, se han establecido miles de metros lineales de cercos vivos y sistemas silvopastoriles que mejoran la conectividad de los paisajes ecológicos y productivos. Además, el fortalecimiento comunitario y la educación ambiental han sido pilares de este proceso; un ejemplo de ello es el proyecto "Mujer Ganadera", que acompaña a productoras de municipios como Don Matías, Entreríos y Santa Rosa de Osos en la implementación de prácticas sostenibles como la fertilización orgánica y el control biológico. Esta alianza, que empodera a las comunidades y las convierte en auténticas cuidadoras de ecosistemas, es un aporte a la Seguridad Hídrica de nuestros embalses.

Hoy, la historia nos exige también recordar la importancia de proteger nuestras fuentes de agua, cuidar los bosques que las albergan, respaldar a las comunidades campesinas que habitan en las cuencas de provisión, innovar en economía circular, construir resiliencia, usar el agua y la energía de manera ética y eficiente son tareas ineludibles y responsabilidad de todos. Solo así aseguraremos que el agua siga fluyendo como un manantial de vida, por los ríos, acuíferos y por las llaves que llegan a las industrias y a nuestras casas, a las empresas y a las generaciones de hoy y del mañana.